

1.º de Agosto de 1906. Año III. N.º 63.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.º Apartado en Correos núm. 336.



Reo en capilla.—Triste despedida.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

La siguiente narración demuestra una vez más el sagaz ingenio de nuestro protagonista Arsenio Lupin, quien robado en el tren, consigue coger al ladrón, ayudado por la Policía, que le esperaba á él para detenerle.

Estaba invitado para comer en Rouen con varios amigos, que no sabían era yo Arsenio Lupin. Mandé por la carretera mi automóvil, con objeto de que me esperase en aquella estación, desde la que pensaba dirigirme á la finca de mis amigos, en las orillas del Sena, y después de hacer varias cosillas en París, penetré en el andén tranquilamente, sin preocuparme para nada de los agentes allí colocados para detenerme.

Entré en un departamento donde se hallaba una señora despidiéndose de su marido.

El silbido de la locomotora suena y el tren emprende su marcha. En este momento y á pesar de las protestas de los empleados, la puerta se abre y un hombre entra en el departamento. La señora, que, de pie, arreglaba los bultos sobre la rejilla, da un grito de terror y cae sobre el asiento.

El aspecto del nuevo viajero, sin embargo, y su actitud no justificaban la mala impresión producida por su acto. Correcto, con elegancia presumida, corbata de buen gusto, guantes de viaje, gesto enérgico;... pero ¿dónde diablos había visto yo aquella cara? No había duda de que la conocía.

Fijo mi atención en la señora; nuestros ojos se encuentran, y leo tanta ansiedad, que no puedo menos de decirla.

—¿Sufre usted, señora? ¿Me deja abrir la ventanilla?

Hay un corto silencio; pero la señora, como si reuniera toda su energía para cumplir un acto desesperado, me dice con voz apenas inteligible:

—¿Sabe usted quién es ese que está con nosotros?

—¿Quién?

—¡Arsenio Lupin!

Estas palabras hacen que esté á punto de lanzar una carcajada. La miré sonriente y para tranquilizarla la dije:

—Querida señora, Arsenio Lupin ha sido condenado ayer, por rebeldía, á veinte años de trabajos forzados. Es poco probable que cometa la imprudencia de presentarse en público.

—Le aseguro que se halla en este tren—repite la señora—; mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios y el comisario de la cárcel es el que nos ha dicho que se buscaba á Arsenio Lupin cuando partió el tren.

—Señora—la dije—, si la Policía siguió hasta la estación á Arsenio Lupin, lo habrá cogido.

—Desgraciadamente, no. Desapareció en el andén, según me dijo mi marido cuando se despidió de mí. Creo que han telegrafiado á Rouen sus señas, para que lo detengan cuando este tren llegue.

—¡Caracoles!—me dije—hay que andar listo.

Después de un corto silencio procuro tranquilizar á la señora, y aunque mis palabras no la convencen, calla, temiendo ser indiscreta.

Despliego unos periódicos, pero el sueño se apodera de mí. A los pocos instantes dormía tranquilamente.

Incalificable agresión. ¡Robado yo!

Sueño con un ser que hacía el papel de Arsenio Lupin y llevaba su nombre. La silueta de este ser viene hacia mí cada vez más grande y cae de lleno sobre mi pecho; siento un vivo dolor y doy un grito doloroso...

Me despierto. El hombre, el viajero, con una rodilla sobre mi pecho, me apretaba la garganta. Sin separarse, con la mano derecha saca una cuerda, en la que había hecho un nudo corredizo, y con gesto seco, me ata las muñecas. En un instante estuve atado, amordazado é imposibilitado.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, no dejaba de comprender que la situación era graciosísima. ¡Arsenio Lupin arrollado como un novicio! ¡Despojado como el primero que llega!, pues el ladrón me quitó el bolsillo y la cartera. ¡Qué aventura!

A la señora no la presta apenas atención. Se contenta con recoger la bolsita que está sobre el pavimento, y sacar de ella las alhajas y el portamonedas.

El rápido corre cual el viento, y nuestro ladrón fuma silenciosamente, con toda tranquilidad.

Puente del Arche, Oisel... Saint-Etienne... En este instante, el hombre se levanta y viene hacia nosotros. La señora da un grito y se desvanece. El ladrón baja el cristal de la ventanilla de nuestro lado. La lluvia caía y su gesto marca la contrariedad que le produce no tener paraguas ni abrigo. Vuelve los ojos hacia la rejilla, toma el paraguas de la señora, mi abrigo y se lo pone.

Atravesamos el Sena. Dobla los bajos de sus pantalones y abre el pestillo exterior. Poco á poco, el tren disminuye la velocidad; algunos trabajos se estaban ejecutando en el túnel, y nuestro hombre lo sabía.

Desciende y se marcha tranquilamente, no sin haber tenido la precaución de echar el pestillo y cerrar la puerta.

La señora recobra el sentido y su primer cuidado fué lamentarse de la pérdida de sus alhajas. La imploro con los ojos. Me comprende y me quita la mordaza que me sofocaba. Quiere también desanudar mis muñecas, pero se lo impido.

—Le reconocí en seguida por su retrato. ¡Lástima de mis alhajas!—dice.

—Se le encontrará, pierda usted cuidado.

—¡Encontrar á Arsenio Lupin! No lo creo.

—Eso depende de usted. Escúcheme: en cuanto lleguemos, sale usted á la puerta y llama á gritos. Los agentes y empleados vendrán. Entonces, cuenta usted lo que ha visto, en algunas palabras, la agresión de que he sido víctima y la fuga de Arsenio Lupin. Da usted sus señas, un sombrero flexible, un paraguas, el de usted, y un abrigo entallado...

—El de usted—dice ella.

—¡Cómo el mío! No, el suyo. Yo no tenía.

—Me ha parecido que él no traía abrigo cuando subió al coche.

—Sí, sí... á no ser que estuviera olvidado en la rejilla. De todas maneras, al descender lo llevaba puesto y eso es lo esencial..., un abrigo gris entallado, recuérdelo usted bien.... ¡Ah! se me olvidaba: dice usted su nombre. El cargo de su marido estimulará el celo de esas gentes.

Por fin, llegamos. Se aproxima á la portezuela.

—Diga usted también mi nombre: Guillermo Berlat. Hay necesidad de que diga usted que me conoce .. Con esto ganaremos tiempo...., Lo importante es perseguir á Arsenio Lupin.... Las alhajas de usted.... ¿No es verdad? Quedamos en que soy Guillermo Berlat, un amigo de su esposo.

—Entendido... Guillermo Berlat.

¡Era Arsenio Lupin! Problema complicado.

A la voces de la señora, acude un caballero seguido de muchos hombres. Es la hora crítica.

Anhelante la señora, exclama:

—Arsenio Lupin... nos ha atacado... me ha robado las joyas... Soy la señora del subdirector de los servicios penitenciarios, soy Mme. Renaud. ¡Ah! allí viene mi hermano Georges, director del Crédito de Rouen.

Abraza á un joven que saluda al comisario y prosigue llorando:

—Sí, Arsenio Lupin.., mientras que este señor dormía, se arrojó á su garganta atándolo. Es M. Berlat, un amigo de mi marido.

El comisario pregunta:

—Pero, ¿dónde está Arsenio Lupin?

—Ha saltado del tren en el túnel, pasado el Sena.

—¿Está usted segura de que era él?

—Sí; completamente segura. Además, se le ha visto en la estación de Saint-Lazare. Lleva un sombrero flexible...

—No, un sobrero hongo... como aquél — dice el comisario, señalando el mío.

—Un sombrero flexible, lo afirmo—repite la señora Renaud—, y un abrigo gris entallado.

—En efecto—murmura el comisario—; el telegrama señala ese abrigo entallado y cuello de terciopelo negro.

—Con cuello de terciopelo negro, eso es—grita Mme. Renaud, triunfante.

Yo respiro. ¡Ah! qué ¡valiente y excelente amiga tenía allí! Sin saberlo, me estaba salvando.

Los agentes, mientras tanto, me habían desembarazado de mis ataduras. Me dirijo al comisario, con voz afectuosa:

—Señor comisario, actualmente Arsenio Lupin está avanzando. Mi automóvil me espera en la carretera. Si usted quiere hacerme el favor de montar, nosotros ensayaremos...

El comisario sonríe.

—La idea no es mala... Pero, dentro de poco... dos de mis agentes partirán en bicicleta.

—¿Adónde?

—A la salida del túnel. Allí recogerán indicios, testimonios y le seguirán la pista.

—Sus dos agentes no hallarán nada, ni indicios, ni testimonios. A Arsenio Lupin no le habrá visto nadie salir del túnel.

Hay un momento de silencio, y digo al comisario:

—Si usted quiere darme dos agentes, entre ellos y yo, tal vez hallemos...

—¡Oh!, señor comisario—dice Mme. Renaud , escuche á M. Berlat.

La intervención de mi excelente amiga fué decisiva. Pronunciado mi nombre por la señora de un personaje influyente, dicho nombre debía ser el mío verdadero y me confería una identidad que nadie se atrevería á poner en duda.

Vamos hasta el automóvil. Dos de sus agentes, á los que me presenta, Honoré Massol y Gastón Délivét, toman asiento. Me coloco en el guía, mi mecánico da vuelta á la manivela y algunos instantes después dejo la estación. ¡Estaba salvado!

Una carrera desenfrenada. Lucha entre dos máquinas.

Con gran orgullo, por parte mía, dejábamos atrás, con una velocidad pasmosa, los boulevares que rodean á Rouen. En Darnétal, llegamos tres minutos después del paso del tren. Bien es verdad que tengo el consuelo de saber que un individuo con abrigo gris entallado y cuello de terciopelo negro, ha montado en un departamento de segunda clase, provisto de un billete para Amiens. Decididamente, mi debut como policía promete.

Délivét me dice:

—El tren es expreso y no para hasta Monterolier dentro de diez y nueve minutos. Si no estamos allí antes que él, se nos

escapará, pues puede continuar por Amiens ó Cléros, y llegar á Dieppe ó á París.

¡Emocionante etapa! Jamás mi automóvil ha respondido á mi impaciencia con más ardor y regularidad.

De pronto, al dar la vuelta á un camino, percibimos una bocanada de humo: el exprés del Norte. Durante un kilómetro luchamos cara á cara.

Llegamos y en tres segundos atravesamos los muelles y nos colocamos delante de los departamentos de segunda. Las puertas se abren y algunas personas descienden, pero el ladrón no. Inspeccionamos todos los coches: en ninguno de ellos se encontraba Arsenio Lupin.

El jefe del tren nos dice que doscientos metros antes de llegar á la estación, había visto á un hombre apearse.

—Miren ustedes—nos dice—: aquel que atraviesa el paso á nivel.

Echo á correr, seguido de mis dos acólitos. El hombre nos percibe, franquea una valla y sigue rápidamente hacia un muro, por el que trepa. Aun, de lejos, le vimos internarse por un bosquecillo.

Examino los alrededores, reflexionando el medio de coger al fugitivo yo mismo, sin que Massol y Délivét lo presencien. Reuno á mis acompañantes.

—Esto es fácil: Massol, usted por la izquierda; Délivét, por la derecha. Sigan ustedes toda la línea del bosque y de esta manera no podrá salir sin que le veamos. Mientras, yo tomaré posiciones. Si no sale, entraré, y forzosamente le hago ir á un lado ó á otro. No tienen ustedes más que estar con cuidado. ¡Ah! se me olvidaba: en caso de alarma, un tiro.

Arsenio Lupin prende á un asesino que buscaba la Policía.

Massol y Délivét se alejan cada uno por un lado. Así que han desaparecido, penetro en el bosque, con grandísimas precauciones para no ser visto ni oído. En una senda distingo huellas muy frescas de pasos. Siguiéndolas diviso á lo lejos un pequeño montículo coronado por una casucha de yeso, medio demolida.

—Debe estar ahí—pienso.—El observatorio está bien elegido.

Procuro llegar cerca, cuando un ligero ruído me advierte su presencia, y, efectivamente, por una abertura le veo vuelto de espaldas.

En dos saltos, penetro y me echo sobre él. Quiere disparar el revólver, pero no le dejo tiempo; busca en sus bolsillos y saca un cuchillo con el que quiere herirme.

—¡Imbécil!—le grito.

Con una mano paro el golpe, mientras que con la otra le doy un puñetazo en la arteria carótida y cae desvanecido.

En mi cartera encuentro mis papeles y los billetes de banco. Por curiosidad cojo la suya. En un sobre que le dirigen, leo su nombre: Pedro Onfrey.

¡Pedro Onfrey, el asesino de la calle de Lafontaine, en Auteuil! Pedro Onfrey, el que había ahogado á Mme. Debois y á sus dos hijas. Sí, aquel era el que yo no reconocí en el coche.

Pero el tiempo pasa. Pongo en un sobre dos billetes de mil francos, con una tarjeta y estas palabras: «Arsenio Lupin, á sus buenos colegas Massol y Délivét, en prueba de reconocimiento.» La pongo en sitio visible, en medio de la habitación. Al lado, el saquito de Mme. Renaud.

Me resta el hombre, que comienza á moverse. ¿Qué debo hacer? No tengo facultad para absolverle ni para condenarle.

Le quito el revólver y disparo al aire.

—Los otros van á venir—pienso—, ¡que él se descubra! Las cosas se cumplirán según su destino.

Y me alejo, camino del hondo.

El sensacional suelto de "L'Echo de France".

Veinte minutos más tarde y atravesando por una senda que había marcado cuando la persecución, llego á mi automóvil.

A las cuatro, telegrafiaba á mis amigos de Rouen, que un incidente imprevisto me impedía hacerles la visita. A las seis entro en París por l'Isle-Adam, Enghiem y la puerta Bineau. Los periódicos de la tarde me comunican que, por fin, se habían apoderado de Pedro Onfrey.

Al día siguiente, *L'Echo de France* publicaba este suelto sensacional:

«Ayer, en los alrededores de Bouchy, después de numerosos incidentes, Arsenio Lupin ha llevado á efecto la detención de Pedro Onfrey. El asesino de la calle Lafontaine acababa de robar en la línea de París al Havre, á Mme. Renaud, esposa del subdirector de los servicios penitenciarios. Arsenio Lupin se convirtió en policía, restituyendo á dicha señora el saquito que contenía sus alhajas y ha recompensado generosamente á los dos agentes que le han auxiliado en el curso de esta dramática detención.»

El mundo marcha... y retrocede ó un Consejo de guerra en la India.

Parecían desaparecidos para siempre aquellos famosos procesos seguidos contra el cañón que reventó, el caballo que, enfurecido, matara, y, en general, contra seres ú objetos de irresponsabilidad clara y evidente. Eran cosas, decíamos, propias de nuestros abuelos y las tomábamos como chocheces suyas ó como rutinarios, si no ridículos, formulismos de la época.

Pero recientemente se ha celebrado un *Consejo de guerra* en la India inglesa *para ver y fallar la causa instruída* contra un *distinguido*, sí, pero ¡ay! también *pérfido* elefante.

Acusado de haber producido la muerte de su conductor, careciase de la prueba plena de su malicia; fué menester obtenerla y á tal fin constituyóse el tribunal. Presidíalo un comandante, y estaba formado por oficiales de distintas jerarquías, no faltando ni acusador ni defensor, ni la comparecencia del procesado para dar sus descargos, ni nada, en suma, de cuanto las leyes inglesas previenen para juzgar á los sometidos á la justicia militar.

Y la prueba se hizo; demostrada la culpabilidad, de nada sirvieron los elocuentes razonamientos del oficial defensor, inflexibles, como buenos ingleses, la sentencia fué condenatoria; pero prácticos también, como buenos hijos de la Albión, impusieron el castigo que menos perjudicara sus propios intereses.

Nada de la pena del Talión: esto sería gravoso al Erario; pero *cuarenta azotes* soberanamente aplicados *allí donde la espalda pierde su nombre*, y por la trompa de otro paquidermo, *avergonzado* ó *indignado* de la acción de su colega, ese era el castigo que éste merecía.

Así se hizo: el homicida pareció *convicto*, aunque no se sabe que resultara confeso, y es de suponer su arrepentimiento, si la delicadeza de sentimientos y las buenas costumbres que el defensor hizo resaltar son ciertas, aunque quién sabe si dirá que la vida de un tirano vale *cuarenta azotes*.

¡La filosofía y aun la moral paquidérmicas tienen arcanos para nosotros impenetrables! ¡Tan impenetrables como el humorismo inglés!

G. G. de la G.



Esteban no contestó. Contemplaba en silencio á aquel hombre joven, hermoso y grave, que dotado de los dones más preciosos de la inteligencia y de la fortuna, renunciara á los vanos honores de este mundo para disfrutar de la sola idea del espíritu, y contribuir con todo su poder, con todas sus facultades, al edificio de la felicidad social; no de esa felicidad frágil basada sobre paradójicas utopías, sino de aquella felicidad eterna, infalible, que á despecho de los reveses, del placer y de la muerte, nace en el corazón del hombre que abraza con ardor una fe consoladora, y, por decirlo así, vive ya en la tierra una vida que pertenece al otro lado de la tumba.

—Hace cinco días que salimos de Sevilla; ¡cuánto distamos de Madrid!

—Ocho días á lo menos—respondió el franciscano.

—Y durante este tiempo, el buitre inquisitorial devora su presa, y tal vez cuando volvamos ya será tarde.

—Tranquilizáos—contestó el religioso—, la Inquisición no va tan aprisa, bebe la última gota de sangre de sus víctimas antes de entregarlas al verdugo... Vamos, valor—continuó viendo aproximar los guías arreando sus mulos, que se quedaron atrás mientras ellos subían la montaña á pie.

Los viajeros se levantaron, y descendiendo los estrechos senderos de la vertiente septentrional de la montaña, se juntaron á sus guías, que trepaban por el camino que conducía á Castilla, apenas indicado por las huellas de los caminantes y donde se ve hoy día una magnífica carretera que da vuelta en espiral hasta la cumbre de la montaña, y por rodeos y circuitos conduce desde Castilla á Andalucía y desde Andalucía á Castilla.

En la época de esta historia el camino era mucho más quebrado; pero á nuestros viajeros no les faltaba valor.

Continuaron, pues, su camino, ya montados, ya á pie, descendieron la montaña para ir á la Carolina, donde llegaron en la misma tarde.

Nuestros lectores habrán reconocido en nuestros viajeros á Esteban de Vargas y á Juan de Avila.

XV

El tribunal.

Era un día triste y lúgubre, un día de sesión inquisitorial. Acababa de abrirse la sala del tribunal, que era un vasto cuadrado tendido de negro.

Hacia el fondo se extendía de un lado á otro una mesa semicircular. Detrás de esta mesa, cubierta en toda su longitud con un paño negro, se veía un sillón de terciopelo negro, y sobre él un dosel de la misma tela, que era el asiento del presidente ó inquisidor mayor. Sobre el dosel colgaba arrimado á la pared un gran crucifijo de marfil sobre fondo negro. Al lado del sitial del presidente había otros dos sillones del mismo color que el dosel, destinados á los inquisidores que componían el tribunal.

A la derecha de la mesa había una campanilla, al lado opuesto un grande libro de los Evangelios abierto, y en medio, delante del presidente, una cuartilla de papel blanco, para sus notas particulares.

Frente al Santo Cristo, fuera de la mesa, había un banco, ó más bien un bastón triangular apoyado sobre cuatro pies en escuadra, que servía de asiento á los acusados.

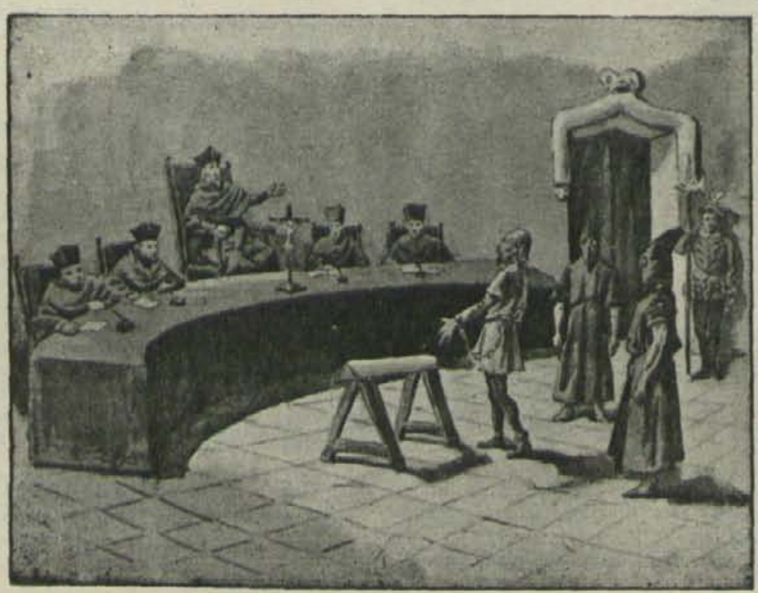
Finalmente, á la derecha del presidente, también fuera de la mesa, estaban los esbirros y cuatro hombres enmascarados vestidos con una larga túnica de bocací negro, cubierta la cabeza con una cogulla de la misma tela, agujereada en los puntos correspondientes á los ojos, á la nariz y á la boca. A la izquierda, dos escribanos sentados delante de una mesita escribían lo que les dictaba el presidente, ó por orden suya, el testigo.

Revestido Pedro Arbués con su largo hábito de fraile, engalanado con la cruz blanca de los hijos de Santo Domingo, y sentado en la silla de la presidencia, lanzaba á su alrededor una siniestra mirada.

Indiferentes sus dos asesores á las tormentas que bramaban en el alma de aquel hombre feroz, pero animados por el mismo espíritu de dominio, aguardaban con hipócrita recogimiento la llegada del acusado. Ninguna emoción interior penetraba su máscara de bronce; y en su alma no había los combates ni las incertidumbres del juez, indeciso entre la obligación de castigar á un culpable y el temor de castigar á un inocente.

Sus sentencias estaban dictadas de antemano. Castigar, castigar sin compasión, tal era su divisa; sólo temían el absolver, y jamás absolvían de grado.

Hacia el centro de la sala había algunos frailes de varias órdenes, ordinarios testigos de tales solemnidades, y algunos grandes de España consagrados á la Inquisición, á quienes Arbués había convidado por esquelas; pues el que iba á comparecer ante el tribunal, no era un acusado vulgar, sino un señor noble y poderoso, un buen católico acusado de herejía, á quien sus iguales iban quizás á ver cómo le condenaban, sin atreverse ninguno de ellos á levantar la voz en su defensa.



Un terrible silencio reinaba en esa lúgubre asamblea; el sello uniforme de tristeza y de muerte impreso en aquellos diversos rostros, daban á la escena el aspecto de un entierro.

Pero pronto se notó en la triste asamblea un movimiento casi imperceptible; las miradas se dirigieron

lentamente hacia la puerta, por la cual, conducido por dos esbirros, acababa de entrar en la sala el acusado, que era un hombre alto y pálido, de edad de unos cincuenta años. Sus cabellos, de un negro muy obscuro, pero cuya mayor parte se habían ya vuelto canos, adornaban una frente ancha, que más bien demostraba lealtad que genio, sus ojos tenían la expresión leal y caballeresca de un verdadero hijo de Castilla, y la inmensa resignación religiosa, carácter distintivo de los cristianos de España, templaba la expresión de amargura y de pesar que cubría el rostro de aquel hombre. Estaba, además, débil y flaco, á causa de los dos meses que llevaba de encierro en los calabozos de la Inquisición.

Avanzó á paso lento en medio de sus guardas, y llegado delante del presidente, buscó á su alrededor una silla para descansar; pero no viendo más que aquella especie de percha triangular donde el tribunal hacía sentar á sus víctimas, sus ajados labios se plegaron en una sonrisa amarga y sarcástica, y se colocó como pudo en aquel extraño asiento de inquisitorial invención.

Después, levantando la cabeza sin altanería, pero con una increíble dignidad, fijó en Pedro Arbués una penetrante mirada, que hubiera hecho bajar los ojos á otro que no fuera un inquisidor.

Arbués la sostuvo sin inmutarse, y dirigiéndose al acusado, le dijo:

—Levantáos y jurad sobre los Santos Evangelios que diréis verdad.

El acusado se alzó lentamente, acercóse á la mesa, y poniendo la mano sobre el libro santo, dijo con voz firme y sonora.

—Juro en nombre de Jesucristo y sobre sus Santos Evangelios, decid la verdad pura.

—Está bien. ¿Vuestro nombre? —prosiguió el inquisidor.

—Pablo, Joaquín, Manuel Argoso, conde de Cevallos, grande de España de segunda clase y gobernador de la ciudad de Sevilla por la voluntad de nuestro muy amado rey don Carlos V.

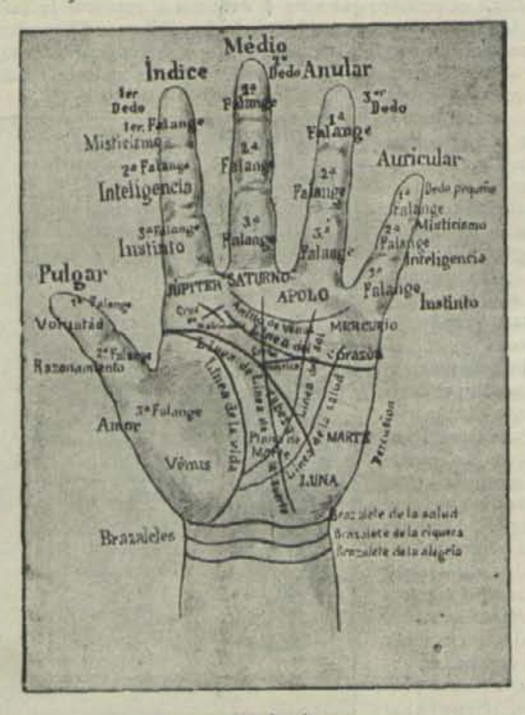
—Dejad á un lado esos títulos —dijo el inquisidor—, puesto que ya los habéis perdido.

Manuel Argoso no respondió, pero su labio inferior hizo un movimiento de desprecio: ya se había enardecido su sangre castellana.

(Continuará.)

La nigromancia de las manos, según la gente maleante y supersticiosa.

En nuestro número anterior dimos comienzo á publicar la «Nigromancia en la mano», por creer será asunto muy original y curioso para nuestros lectores, y continuaremos hasta terminar el folleto que casualmente ha llegado á nuestro poder, de edición francesa.



Geografía de la mano

Así como lo primero que se hace al llegar á un país desconocido, es estudiar la geografía, antes de entrar de lleno en la nigromancia, es preciso estudiar la geografía de la mano.

Aconsejamos que al leer estas explicaciones preliminares y necesarias, se observen, al mismo tiempo, en la mano del lector ó en la de algún amigo.

Estas indicaciones someras están completadas por un estudio más extenso, que se hallará después.

Nosotros vamos á pasar revista sucesivamente á los dedos, los montes y las líneas. Así dice el autor del folleto, al que para dar á nuestros lectores motivos de distracción, nos proponemos seguirle en todas sus observaciones en esta materia.

Galileo: su famosa adjuración.

Documento histórico.

Galileo Galilei, inventor, matemático, filósofo, astrónomo, creador de una nueva ciencia, genio portentoso que arrancó los más profundos secretos á la naturaleza, fué, como todo el mundo sabe, una de las víctimas de la Inquisición.

No está comprobado que sufriera el tormento; razones bastantes hay para creerlo; pero no es esta la ocasión oportuna para averiguarlo, ni entra en nuestro ánimo fallar tan interesante pleito.

Consecuentes con el propósito de sacar á luz documentos curiosos que, al mismo tiempo que ilustran sobre asuntos históricos, sirven de amena y agradable lectura, vamos á publicar la famosa sentencia por virtud de la cual se retractó de sus entonces revolucionarias y anticatólicas doctrinas. Muchos saben que hubo retractación, pero muy pocos en qué términos la realizara, y eso queremos divulgar: página tan notable de la vida del sabio.

Habiéndole hecho comparecer sus jueces á los setenta años de edad, en camisa, hiciéronle abjurar sus opiniones y prometer de rodillas que no hablaría ni escribiría jamás sobre el movimiento de la tierra, que la sentencia condenaba como *falso*, *absurdo*, *formalmente herético y contrario á las Escrituras*.

Estas opiniones así calificadas, eran:

1.º Decir que el sol es centro del mundo y que permanece allí inmóvil en su rotación sobre sí mismo.

2.º Decir que la tierra no es el centro del mundo y que, lejos de permanecer allí inmóvil, se mueve por un movimiento diurno.

Siete cardenales condenaron las anteriores proposiciones, por absurdas, y originaron la abjuración siguiente; de la que, en obsequio á la brevedad, suprimimos lo menos esencial de ella:

«Yo, Galileo Galilei, florentino, hijo de Vicente Galilei, de setenta años de edad, constituído personalmente en juicio y de rodillas ante vosotros, eminentísimos y reverendísimos señores cardenales, inquisidores generales de la república cristiana contra la herética pravedad, teniendo ante mis ojos los Santos Evangelios, que toco con mis propias manos, juro que siempre he creído, creo y con la ayuda de Dios creeré siempre todo cuanto cree, predica y enseña la Santa Iglesia católica y apostólica romana.

»Pero en atención á que aunque se me había ordenado formalmente por este Santo Oficio y aun jurídicamente conminado por el mismo tribunal á que abandonase enteramente la falsa opinión que enseña que el sol es el centro inmóvil del mundo y que la tierra no lo es, y que ella se mueve; atendido que, aunque se me hubo prohibido creer, defender ó enseñar en adelante dicha falsa doctrina de cualquier manera que ser pudiese, bien sea verbal ó por escrito; atendido que sin tener en cuenta la manifestación que se me había hecho, á saber: que dicha doctrina repugnaba á la Santa Escritura, he escrito y dado á la es-

tampa un libro en el cual trato de la misma doctrina, ya condenada, trayendo en su apoyo argumentos de una gran fuerza, sin haber dado, no obstante, ninguna solución; es justo que se me considere vehementemente sospechoso de herejía por haber creído y tenido por cierto que *el sol es el centro inmóvil del mundo y que la tierra no lo es y que ella se mueve.*

»En su consecuencia, queriendo principalmente borrar .. la violenta sospecha de herejía de que estoy con justicia convencido, *abjuro*, *maldigo y detesto* con mi corazón sincero y una fe recta los susodichos errores y herejías....... y juro que en lo venidero ni diré ni afirmaré jamás nada... que pueda dar lugar contra mí á la menor sospecha de este género...

....

»Que si llegare á faltar (lo que Dios no quiera) á la menor de mis dichas promesas, protestas y juramentos me someto, de antemano, á todas las penas y torturas que los sagrados cánones.... han pronunciado y promulgado...

»Yo, Galileo Galilei, supradicho, he adjurado, jurado y me he irrevocablemente obligado, como queda dicho. En fe de lo cual he estampado, de mi propia mano, mi presente firma al pie de esta abjuración, que he repetido palabra por palabra.

»Hecho en Roma en el convento de Minerva á 22 de Junio del año 1633.—Yo, Galileo Galilei, de mi propia mano, he abjurado como arriba.»

Es fama que después de pronunciada abjuración tan rotunda y terminante, Galileo no pudo menos de decir en voz baja, dando con el pie en tierra:

¡E pur si muove! (¡Y sin embargo, se mueve!)

X.

¿La rehabilitación de Bazaine?

Testigo de hace treinta y seis años.—Cómo se genera una traición.

Vamos á entrar en pleno período de rehabilitaciones, seguramente, la de Dreyfus, sirviendo de base á otras, originará nuevas revisiones de procesos, y asistiremos á debates en



los que no siempre dominará el amor á la justicia y el deseo de que la verdad impere y resplandezca.

La generación actual ya no repite un nombre que absorbió la atención universal algunos años y provocó más que el del famoso capitán judío, el odio del pueblo francés.

El general Bazaine, nuestro huésped por cierto, después de su condena, tuvo el triste privilegio de hacer latir al unísono, el corazón de los vencidos por Rusia: contra él se concitaron todos los odios, y no logró jamás ni una palabra de clemencia, ni un sentimiento de piedad, ni una mirada compasiva de sus compatriotas. Al fin, Dreyfus tuvo parciales.

El mariscal del Imperio francés compareció ante el Consejo de guerra, y una terrible sentencia condenatoria, fué el término de aquel Tribunal, de cuyo fallo estuvo pendiente el mundo.

¿Fué justo? No hemos de penetrar en tan delicado asunto, pero no podemos resistir á la tentación de relatar algo, hasta ahora inédito, curioso y con color de actualidad que seduce.

Es un testimonio inapreciable; el testimonio *du père* Liautrou, asistente del mariscal cuando éste capituló en Metz.

Trátase de un simpático vejete de feliz memoria y que acaba de hacer interesantes revelaciones. De ellas, sólo tomamos aquella parte que puede servir de indicio de cómo se genera una traición.

Después de relatar las derrotas sufridas, llega al momento de encerrarse el ejército en Metz.

«Hasta entonces dice—habíamos sido batidos, pero nos habíamos defendido; allí se nos ahogó sin dejarnos respirar; la inacción nos mataba sobre todo; después vino el hambre... Todo aquél ejército encerrado sin servir para nada...

»Bazaine salía cada vez menos de su casa; al fin, un día, la noticia de la derrota de Sedan, llegó traída por un cabo.

»Desconozco la historia, pues no sé leer; ignoro, por lo tanto, qué dirá de este punto, pero afirmo que fué un cabo de artillería el primero que vino á anunciar al mariscal la caída del Imperio y la proclamación de la República... El mariscal le nombró suboficial y le concedió la medalla militar.

»Fué un momento emocionante: el triste emisario, enflaquecido, avergonzado, hambriento y roto, pudo contar entre lágrimas y juramentos, difícilmente, toda la extensión de aquella desgracia. A nuestra pena propia, se unió la rabia y la vergüenza por la ajena...

Poco después, lo recuerdo perfectamente, oí al mariscal una frase, frase que me ha quedado grabada y que parece que sigo oyéndola. En voz baja pronunció estas palabras: «*Yo no serviré jamás á la República*».

»Luego, después del desastre de Sedán, no se movió más. ¿Esperaba? ¿Qué? No lo sé. Sólo sé que permaneció siempre encerrado en su casa.»

¿Explicarán estas palabras la capitulación de una plaza, la rendición de un ejército y la vergüenza de una nación poderosa?

G. G. de la G.

Servicios de Guardia civil y Carabineros.

Carabineros.

Siempre en campaña este meritísimo Cuerpo, exponiendo sus individuos constantemente las vidas y hasta su reputación en la importantísima misión que desempeñan, no pasa día sin que tenga que registrarse un hecho que patentice la eficacia de sus servicios.

Por noticias de Estepa, se sabe que el comandante de Carabineros de aquel puesto, cabo Francisco Alcántara, con siete individuos á sus órdenes, sorprendieron en la noche del 18 del pasado, á una partida de veinticinco contrabandistas perfectamente montados y armados con tercerolas.

Entre carabineros y contrabandistas se sostuvo reñido tiroteo, del que resultó muerto uno de éstos, pero los demás pudieron huir favorecidos por la obscuridad y la superioridad del número.

Además se les cogieron siete caballos cargados de tabaco.

Elógiase la conducta del cabo Alcántara y de los individuos á sus órdenes.

Menester es que la Compañía Arrendataria vaya fijando la atención en la importancia de estos servicios que les presta tan sufrido Cuerpo, digno por todos conceptos de más consideración.

Sentimos no tener las fotografías de tan bravos carabineros, para haber honrado con su publicación estas columnas.

Guardia civil.

Copiamos de un periódico de provincias:

«En el término municipal de Zarza de Pumareda fué encontrado el día 7 el cadáver de José Calvo Hernández, vecino de Saldeana, comido en gran parte y en completo estado de descomposición.

El día 30 del pasado Junio salió de su casa hacia el río de Cabeza del Caballo en busca de barceo para sus textiles tareas, y su familia, alarmada por la tardanza, dió conocimiento á la Guardia civil, que acto seguido se dirigió al citado río, recorriéndole en todos sentidos, haciendo marchas y contramarchas durante dos días bajo un sol de justicia, sin alimentos, y caminando siempre por elevados riscos y espesos matorrales, que hacían penosísima la macabra expedición.

Para el minucioso examen del río requirió el jefe de la fuerza al rico comerciante de Cerezal, D. Juan Rodríguez, el que desde luego se prestó á reconocer los profundos y peligrosos pozos que en él existen, no obteniendo resultado alguno positivo; y ya desesperanzados y maltrechos, oyeron tenues ladridos á larga distancia, y, como hombres acostumbrados á deducir del menor detalle, marcharon con precisión matemática al punto donde los fieros canes devoraban con fruición los restos del desgraciado José Calvo.

La tenacidad, el arrojo y el espíritu militar de los bravos guardias, libraron á la familia del muerto de la dolorosa incertidumbre de un crimen, que ya en su mente se esfumaba con negro colorido, comprobándose después que un ataque apoplético causó al infeliz la muerte.

Hechos como éste realiza á diario la Guardia civil, sin más estímulo que el mero cumplimiento de su deber, y por esto séanos permitido, siquiera una vez, citar los nombres de Juan Fonseca, Eusebio Ledesma, Antonio Moreno, Juan Fernández y Juan Rivero, jefe é individuos, respectivamente, del puesto de Saldeana, que, con una demarcación de catorce ó más pueblos, cuya distancia de unos á otros es enorme, y formando un total aproximado de 18.000 habitantes, realizan el milagro de hacernos dormir confiados y tranquilos; tal es el respeto y temor que inspiran su celo y energía.»

El cabo comandante del puesto de Flassa (Gerona), y guardia D. Felipe Fernández Cuevas, que se hallaban de servicio nocturno de vigilancia en la carretera que conduce á Gerona, fueron avisados, sobre las tres de la madrugada, que estaban robando la iglesia del vecino pueblo Bordiles; inmediatamente emprendieron la marcha, y con tanta oportunidad hicieron sus trabajos de investigación y reconocimiento, que no dieron lugar al ladrón á fugarse, encontrándose varios objetos sagrados en desorden y á él en el campanario, en donde le capturaron, ocupándosele 112 pesetas que extrajo de una caja en la que se guardan las cantidades para las fiestas de los santos.

Bien por este cabo y guardia, que han demostrado una actividad y celo que hacen mucho honor al benemérito Instituto y que es digno se les tome en cuenta.

En un sendero de Los Molinos (Cádiz), ha sido capturado Nicolás Campillo Sánchez, de veintisiete años de edad, autor del asesinato en la persona del honrado empleado de la fábrica de electricidad, Fulgencio Nicolás. El hecho ocurrió por haberse negado Fulgencio á dar parte en la lotería al Campillo, por lo cual, exasperado este último, sacó una pistola, haciéndole fuego. La bala le penetró por la sien derecha, encima del ojo. El criminal fué capturado por el cabo D. Manuel Navarro y guardia D. José Cascales.

Disputando sobre asuntos de familia, Vicente Rubio y su consuegro Andrés Reina Vera, vinieron á las manos, asestando el primero al segundo una terrible puñalada con una almaraz entre la quinta y sexta costilla del lado derecho, dejándolo muerto.

El agresor se dió á la fuga, pero fué capturado después de algunas horas de incesantes trabajos por la pareja de la Benemérita del puesto de Cuesta Blanca, compuesta por los guardias D. Pedro Ramírez y D. Luis Hermosilla.

MUSEO CRIMINAL felicita á estos bravos veteranos y se honra con aplaudirlos y publicar siempre hechos que patentizan lo mucho que vale la Guardia civil española.

Resultado del concurso de julio.

Cerrado el plazo de admisión de soluciones al concurso, el 29 de julio, á las doce de la noche, y en presencia de toda la Redacción, el señor administrador ha procedido á abrir el sobre lacrado en el cual estaba el número por él escrito. El contenido de la cuartilla encerrada en el sobre era:

«*Concurso de julio.*

Número 999.

(Sello del periódico.)»

De las 5.925 soluciones recibidas, 55 suscriptores consignan, en sus respectivas fajas, el número 999, ó sea el mismo del concurso. Hecho el sorteo entre estos 55 suscriptores que han acertado, conforme á la base 3.ª, han sido agraciados los señores siguientes:

Primer lote. Un décimo de la lotería del 10 de agosto, **D. Antonio Rodríguez**, guardia civil de la comandancia de Guipúzcoa.

Segundo lote. Manual para exámenes en la Guardia civil, **D. Cecilio Luna**, guardia, Paimogo (Huelva).

Tercer lote. Seis novelas encuadernadas, **D. Timoteo Criado**, carabinero, Pajares (Cádiz).

Cuarto lote. Reglamento Ley de Caza, **D. Epifanio Soriano**, cabo de la Guardia civil, Parrillas (Toledo).

Quinto lote. Dos novelas, **D. Antonio Iglesias**, cabo de Carabineros, San Pedro (Murcia).

La faja de cada uno de estos señores, así como la cuartilla y sobre donde estaba encerrada, se hallan en esta Administración y podrán verlos todos los que lo deseen.

Con fecha de hoy se remiten á cada uno sus respectivos premios.

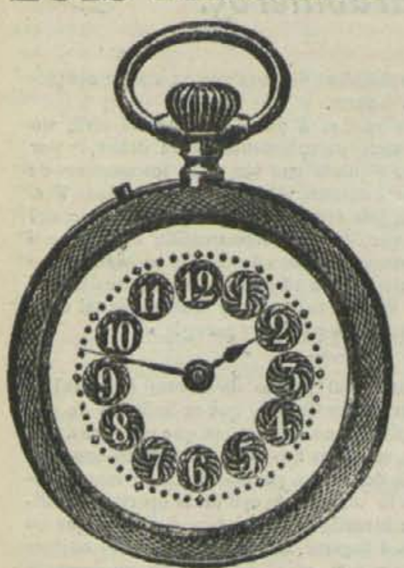
En breve publicaremos un interesante concurso.

Gran Relojería



LUIS THIERRY

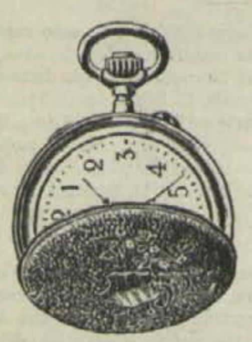
Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape *Roskopf*, de marcha superior. .... **19,50 pesetas.**
Idem de acero (Elegante) .. **18 50** —
Idem de níquel puro. (Idem) **18 50** —

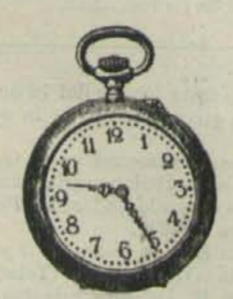
En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**

Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas.** Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

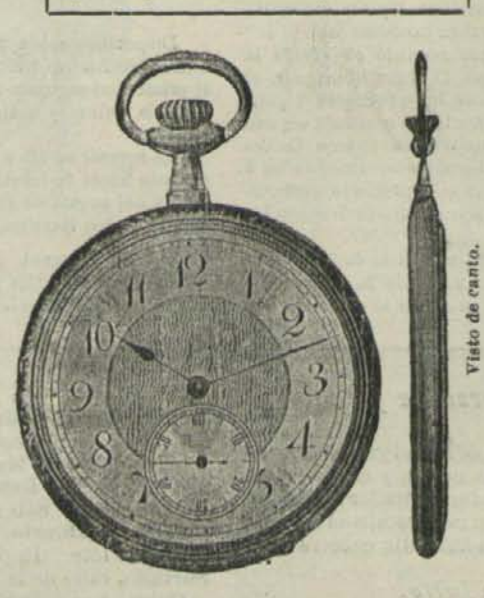


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. *Los individuos de Guardia civil y Carabineros* pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59. Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.

Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.

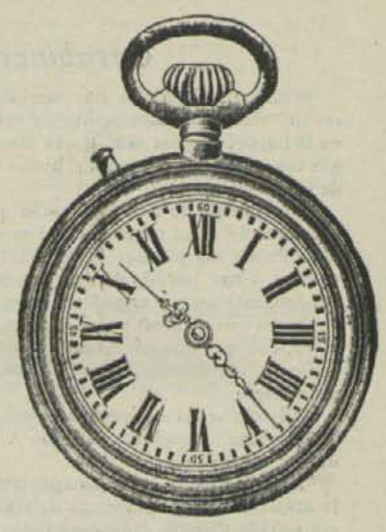


Visto de canto.

Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas.** *Caja de plata, rica ornamentación.* **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado.......... .. ... **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano)... . **25** —
Idem en plata.......................... **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, *dando sobre* dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó *sobremesa*, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.